

RECALCULANDO RUTAS.

Introducción. Una imagen que apareció en la última escuelilla fue la del que se siente perdido, sin saber bien a donde ha llegado, y pide a su G.P.S. que le vuelva a guiar por el buen camino. Y me sirve como reconocimiento a que nuestra historia de seguimiento de Cristo no es una historia lineal, sin sobresaltos, ni regresiones y sin tener de forma constante que recomenzar la humilde conversión diaria. Volver a empezar una y otra vez porque no vale lo almacenado, o lo experimentado. Lo que vivimos ayer fue necesario para el día de ayer. El hoy es nuevo por eso es diaria nuestra opción por volver a ponernos de pie, y volver a caminar pisando las mismas huellas de Cristo. A nuestro orgullo le cuesta reconocer que cosas, que tenemos meridianamente claras, nos cueste tanto vivirlas y ponerlas en práctica. No es lo mismo escuchar la voluntad de Dios que vivirla. En la vida de Pedro reconocemos como tiene las ideas claras, el credo aceptado y acogido, pero cuando Jesús le muestra su voluntad se convierte en obstáculo y en escándalo del mismo Jesús.

Lo que Dios nos dice. *“Cuando llegó Jesús a la región de Cesarea de Felipe, preguntó a los discípulos: ¿Quién dice la gente que es este Hombre? Ellos contestaron: Unos que Juan el Bautista; otros que Elías; otros que Jeremías o algún otro profeta. Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Simón Pedro respondió: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Jesús le dijo: ¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo ha revelado nadie de carne y sangre, sino mi Padre del cielo! Pues yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta Piedra construiré mi Iglesia, y el imperio de la muerte no la vencerá. A ti te daré las llaves del reino de Dios: lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo; lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo.” Mt 16,13-19.*

Estoy convencido que cuando Pedro escuchó lo que Jesús dijo de él, se llenó de alegría, de valoración, de autoestima. “Ha dicho que sobre mi vida va a construir si Iglesia. Por fin se da cuenta de lo que valgo, de lo bueno que soy”. Y cierta mirada de superioridad, de comparación y de altivez se coló en la forma de mirar a los otros discípulos. “Lo ha dicho de mí, no de ti”. Y sólo un poco de tiempo después ocurre esto:

“A partir de entonces Jesús comenzó a explicar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén, padecer mucho a causa de los senadores, sumos sacerdotes y letrados, sufrir la muerte y al tercer día resucitar. Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: ¡Dios te libre, Señor! No te sucederá tal cosa. Él se volvió y dijo a Pedro: ¡Aléjate, Satanás! Quieres hacerme caer. Piensas como los hombres, no como Dios. Entonces Jesús dijo a los discípulos: Quien quiera seguirme que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga. Quien se empeñe en salvar su vida la perderá; pero quien pierda la vida por mí la conservará. ¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo a costa de su vida?, ¿qué precio pagará por su vida? El Hijo del Hombre ha de venir con la gloria de su Padre y acompañado de sus ángeles.” Mt 16,21-28.

¿En qué quedamos? ¿Piedra para edificar la Iglesia o Satanás? ¿Dichoso o piedra de tropiezo? ¿Luz o tinieblas? ¿Barro o tesoro? Lo que más me reconcilia de nuestra fe es que siempre se abre ante nosotros la posibilidad de detenernos y de volver a empezar el camino. El que en nuestra vida haya momentos de error, de caídas, de comportamientos que no somos capaces de comprender no nos descarta del seguimiento. Si nosotros no somos fieles, el Señor sí, y apoyamos nuestro seguimiento en que su mirada sobre nosotros no cambia. *“Pues los dones y la llamada de Dios son irrevocables.” Rom 11,29.*

Los fracasos en nuestros intentos de amar, de ser luz y sal no nos tienen que entristecer o ralentizar nuestra decisión de seguir el camino de Jesús. Si cien veces caemos o nos apartamos del camino, cien veces encontramos la mano tendida de parte del Señor que nos invita a agarrarnos a Él con más fuerza.

Pedro después de la corrección de Jesús no se alejó de Él, sino que con humildad recalculó la ruta necesaria para ser un buen discípulo. En el lavatorio de los pies de nuevo aparece la actitud de Pedro que no entiende a Jesús y le intenta impedir que le lave los pies. Y de nuevo Jesús le invita a fiarse de Él.

“Llegó, pues, a Simón Pedro, el cual le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? Jesús respondió: Lo que yo hago no lo entiendes ahora, más tarde lo entenderás. Replicó Pedro: No me lavarás los pies jamás. Le respondió Jesús: Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo. Le dijo Simón Pedro: Señor, si es así, no sólo los pies, sino las manos y la cabeza.” Jn 13,6-9.

Si no eres capaz de que te ame, en lo que más te cuesta, en los pies, en las partes menos bonitas de tu vida es que todavía no has entendido el don de la gratuidad. Si todavía vivimos en la convicción de que Dios nos llama y nos quiere por nuestros méritos, por nuestros esfuerzos, por nuestra parte más amable, es que no hemos comprendido la forma que tiene nuestro Dios de amar. Déjate lavar los pies porque supone la máxima cercanía con Dios, dejarnos curar en nuestras miserias, en nuestras contradicciones.

“Jesús les replicó: No tienen necesidad del médico los que tienen buena salud, sino los enfermos. No vine a llamar a justos, sino a pecadores para que se arrepientan.” Lc 5,31-32.

Cómo podemos vivirlo. Es necesario dedicar tiempo para ver la dirección que le vamos dando a nuestra vida. Si los frutos que vamos consiguiendo son los del Espíritu llenos de alegría, de amor, de paz, de generosidad no hay mucho que cambiar. Pero cuando nos vemos envueltos de tristeza, de irritabilidad, de enfados y conflictos, es tiempo de parar, de calcular la ruta que va tomando nuestra vida, y es tiempo de cambiar de dirección. De volver a fijar la mirada en Jesús y disponer lo mejor de nuestras fuerzas para seguirle.